

## SAN FRANCISCO EL GRANDE.

(MADRID.)



AMA es y tradicion vulgar en el pueblo de Madrid que el mismo patriarca San Francisco, á su paso por la coronada villa cuando vino á España, fabricó una choza ó ermita en el sitio donde despues con ayuda de los monarcas y del pueblo, debia elevarse el grandioso y celebrado convento de su orden.

Cuenta la tradicion que los moradores de la que es en el dia corte de España, recibieron con singular agrado y distincion al huésped esclarecido que su buena suerte les enviaba, ofreciéndole terreno para fundar un convento. Aceptó el santo y escogióle estramuros, al oeste de la poblacion, é inmediato á una fuente á la que daban fresca y plácida sombra dos corpulentos álamos.

Alli pues con ramas de árboles y con barro labró una ermita, choza mezquina y pobre, única morada que ofreció á los que, movidos por su propio ejemplo, corrieron solícitos á reunirse para imitar su santa vida y ver correr en el ayuno y la penitencia sus dias, libres de las seducciones de un mundo corrompido y falso.

En tan pobre albergue vivieron los nuevos discipulos de San Francisco has-

ta que el mismo santo, ayudado de las limosnas de los vecinos de Madrid, fabricó el convento de Jesus y María, convento asaz pequeño, reducido y desacomodado, algo mas que una choza, pero algo menos que una simple casa.

Así permaneció durante un cierto número de años, al cabo de los cuales decidieron á abandonarles los religiosos á causa de sus escasas comodidades y de la poca salud que con su estrechez y ningun desahogo gozaban. Al tener de ello noticia el pueblo madrileño, que profesaba particular afecto á aquel retiro de oracion y penitencia en memoria de su santo fundador, determinó levantar un edificio grande y capaz para morada de los religiosos, á condicion que estos no abandonasen el sitio consagrado por el glorioso patriarca.

Inmediatamente se pasó á poner en planta el proyecto, y los hijos de San Francisco vieron elevarse á poco un convento que les permitió gozar de todas las comodidades que echaban menos en su antigua morada. Todo lo debian solo á la devocion de los buenos y religiosos habitantes de Madrid.

A principios del siglo XVII servia ya de morada á los Franciscanos una grande y espaciosa fábrica de la cual formaba parte con el nombre de *casa vieja*, el primitivo edificio elevado por los cuidados del Santo.

Las familias mas nobles y mas opulentas, tronco esclarecido de los antiguos paladines y guerreros castellanos, labraron sus entierros en la iglesia de San Francisco. Allí pues se veian, diseminadas por las capillas, propias algunas de ilustres familias, sepulturas que con sus escudos, sus inscripciones y sus estatuas recordaban á la memoria del peregrino los nombres célebres de los Vargas, Ramirez, Luzones, Lujanes, Cárdenas, Zapatas y Venegas.

Nada se sabe de la forma, dimensiones, distribucion y adornos de esta antigua iglesia. Apuntaremos solo las noticias que nos han conservado la tradicion y algunos escritores que de esta antigua fábrica, si bien que lijeramente, se han ocupado.

Consta primero que en 1406, habiendo regresado felizmente de su largo viaje á la ciudad de Samarcanda, Ruy Gonzalez de Clavijo, embajador de Enrique III al Gran Tamorlan, reedificó á sus costas y con toda esplendidez la capilla mayor de dicha iglesia, siendo despues de su muerte enterrado en la misma. Es fama que era el suyo un magnífico sepulcro. Labráronselo en el centro del pavimento con ricos mármoles y mucha grandeza á manera de túmulo ó cama, y pusieron la estatua del finado encima, segun costumbre de la época (1).

En la misma capilla mayor á la parte de la epístola, fué sepultado en un ri-

(1) J. M. de Egeureu. — *Historia de S. Francisco el Grande*.

quisimo sarcófago el tan celebrado marqués de Villena, tio del rey D. Juan II, aquel cuyas obras son la admiracion de los inteligentes y cuya vida dramática ha proporcionado tan bellos episodios á las plumas de no pocos poetas.

Sus cenizas y las de Clavijo debieron sin duda desaparecer por un imperdonable descuido cuando se renovó la iglesia en 1617, pues que memoria no existe de su paradero.

Frontero al lucillo del de Villena y al lado del Evangelio, veíase el magnífico y suntuoso mausoleo de mármol que con régia esplendidez hiciera labrar en 1475 la ilustre Isabel de Castilla para que sirviera de morada eterna á los restos de la reina Doña Juana, esposa de Enrique IV de Castilla é hija de Don Duarte, rey de Portugal.

Esta dama, segun las crónicas, pasó los últimos meses de su vida en una celda del convento de San Francisco, quedando al mismo por recuerdo un caliz con las armas de Castilla y Portugal y unos tapices grandes antiquísimos. El mausoleo ostentaba la estatua de esta reina; célebre por sus deslices; y á su pié leíase en letras de oro la siguiente inscripcion que se puso por mandato de Doña Isabel de Castilla, generosa matrona que supo honrarla en muerte olvidando magnánima que los deslices de aquella reina hubieran podido privarla injustamente del trono.

Decia pues el epitafio:

*Aquí yace la muy escelente, esclarecida y muy poderosa reina Doña Juana, muger del muy escelente y muy poderoso rey Don Enrique cuarto, cuyas ánimas Dios haya, la cual falleció dia de Santo Antonio, año de 1475.*

El señor Eguren en un artículo que consagra á la historia de este convento, desmiente muy oportunamente al padre Mariana cuando trata de este sepulcro.

«En la historia de Mariana, dice, se lee que la reina Doña Juana fué colocada en el sepulcro de Clavijo, habiéndose estraído al efecto los restos de este. Sentimos hallar tal inexactitud en la hermosa narracion de aquel sabio Jesuita. Consta positivamente que al construirse el sepulcro de la reina Doña Juana en la parte del Evangelio, se trasladó entero el de Clavijo al plano de la iglesia segun refieren Argote de Molina y Quintana. El sepulcro de Ruy Gonzalez Vívar, — dice el primero de estos autores, — vi en 1573 en medio de la iglesia de San Francisco, y en este año de 1580 le ví arrimado á la pared junto al púlpito.

«En 1617 cierto magnate consiguió desarmar el sepulcro, cuyos mármoles como asegura el P. Florez, se emplearon en hacer la puerta del convento, y habiendo sido exhumado el real cadáver, se le halló con la cabellera intacta

y ceñida con una cinta, al parecer medida de una imagen. Quedaron entonces los huesos de la reina tabicados en un hueco de la pared, bajo el cual se colocaba todos los años una mesa de altar el día 2 de Noviembre, y se elevaban preces al cielo por el eterno descanso de la señora que en él reposaba. Sus restos, existentes en una caja de madera cuando se derribó la iglesia en el pasado siglo, se extraviaron al construir aquella, sin que haya sido posible encontrarlos á pesar de las diligencias que practicó la academia de Historia ántes de la supresión de los religiosos. »

Llegado el año 1760 empezóse á demoler la iglesia de San Francisco para reedificarla con toda la grandiosidad propia de una corte. Acalorados debates suscitáronse entonces sobre la construcción del proyectado edificio, y por intrigas y manejos de envidiosos émulos fueron despreciados los bellísimos diseños que al efecto presentara el célebre Don Ventura Rodríguez, aquel que ha merecido los mas grandes elogios del ilustre Jovellanos, quien dice de él, acerca este asunto, que puede contarse la iglesia y convento de San Francisco entre las obras que fueron robadas al público, mas nó á la reputación de Rodríguez.

Los profesores é inteligentes que vieron y examinaron aquellos excelentes diseños, dice Cea Bermúdez, lloran todavía que no se hayan puesto por obra, porque segun dicen hubiera sido un edificio que causaria admiración y placer. De cuantas trazas hizo Rodríguez, y no se construyeron, ninguna le dió tantas pesadumbres ni tanto sentimiento de no haber tenido efecto como esta. Tal era la satisfacción que de ella tenia!

Fué pues pospuesto el plan del eminente profesor Rodríguez y aceptado el que presentó Fray Francisco Cabezas, religioso lego de la órden, y con arreglo al mismo, fué principiada la obra, poniendo la primera piedra el 8 de Noviembre de 1761 el cardenal conde de Teva, arzobispo de Toledo.

Prosiguió el lego Cabezas dirigiendo la obra, pero como hubo de dejarla en la cornisa á los siete años de principiada, fué continuada por los arquitectos Pló y Sabatini, el último de los cuales, mejorando el proyecto de Cabezas, concluyó la iglesia é hizo el convento, una y otro de una magnificencia extraordinaria.

Entonces probó el pueblo de Madrid cuan viva á través de mas de cinco siglos habia conservado la memoria del patriarca de Asis, pues no solo contribuyeron con su limosna para la construcción de la gran iglesia de San Francisco todas las clases, sino que muchas personas del estado eclesiástico, de la nobleza y del comercio dieron cuantiosas sumas, siendo el mayor contribuyente S. M. Don Carlos III.

Bien lejos estaba entonces de pensar el pueblo de Madrid que en aquel mismo edificio tan generosamente erigido, y bajo aquellas bóvedas sagradas, antes de un siglo, en 1835, tendria lugar una catástrofe tan horrible como inaudita. Bien lejos de pensar estaban los dignos y honrados ciudadanos que con tanta munificencia cooperaron á la conclusión del convento, que dia habia de llegar en que las turbas se precipitarian sacrilegas en el divino santuario, agitando su antorcha incendiaria y asesinando sin piedad á indefensos religiosos.

Pero, apartemos nuestra vista de esta escena de sangre, y hablemos del edificio, continuando su descripción é historia.

El templo de San Francisco el grande, es sin disputa el mas monumental de la corte, pero se halla desgraciadamente situado en un sitio apartado, mas abajo de la puerta de Moros sobre una eminencia que se ve á corta distancia del Manzanares.

Consta su fachada que mira al este de dos cuerpos de figura convexa; el primero es dórico y tiene tres ingresos con arcos, decorado por cuatro medias columnas en el centro y pilastras en los extremos; el segundo ostenta columnas con capiteles jónicos y á los lados pilastras como el primero. Termina el todo un fronton triangular. Faltan las esculturas que debian rematar esta fachada, toda de granito, ante la cual se estiende una escalinata de pocas gradas.

El pórtico de la iglesia tiene 67 piés de ancho y 37 de fondo. Tres puertas dan entrada á la iglesia, que es una rotunda de 116 piés de diámetro y 153 de alto hasta el anillo de la linterna. Desde la línea de la fachada hasta el fondo del presbiterio hay 250 piés en cuadro.

En el altar mayor hay un sencillo tabernáculo y en la pared de su frente un excelente cuadro de Don Francisco Bayeu que representa la concesión del jubileo de la *Porciúncula*.

Los cuadros de las seis capillas son de Goya, Calleja, y Castillo, los de la derecha, de Velazquez, Ferro y Malella, los de la izquierda; dos ángeles que están en el arco de la capilla mayor son de Don Francisco Gutierrez, y sostienen el lema *Amoris privilegia* sobre las cinco llagas radiantes.

El coro coje todo el espacio del pórtico y en él subsiste la sillería que llenaba la numerosa comunidad.

La sacristía es una pieza rectangular abovedada y larga de 78 piés.

Fuera del edificio, al norte del mismo y á distancia de doscientos cincuenta piés del altar mayor, existe una ermita en un huerto amenísimo que ocupa el mismo sitio de la que construyó y habitó el gran patriarca de Asis. Así lo atestigua la inscripción que sobre su puerta se puso en el reinado de Carlos III,

de cuyo tiempo data la actual fábrica, si bien el interior fué reparado por uno de los últimos generales de la órden.

El contiguo convento es grande, vasto, espacioso. Tiene diez patios, doscientas celdas, noviciado, enfermería y demás oficinas. Fué construido algunos años despues que la iglesia, con diseños y bajo la direccion de Sabatini.

En la iglesia de San Francisco han solido celebrarse las grandes ceremonias de desposorios y exequias reales. Cuando la supresion de las órdenes religiosas, fué destinado para cuartel de infantería y los cuadros de mérito que estaban en los claustros, pasaron al museo de la Trinidad.

Un decreto de las córtes destinó este templo para *Panteon nacional* de grandes hombres.



## NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO.

(VALENCIA.)



ESTE convento de Agustinos en la ciudad de Valencia debe su origen al episodio que vamos á tener el gusto de referir á nuestros lectores.

Era uno de los últimos dias de Octubre del año 1500, y orgullosamente hendia las aguas al caer la tarde una galera salida aquella misma mañana del puerto de Mesina en direccion á las costas españolas.

Un hombre vestido con un sencillo coselete morado y cubierta la cabeza con una gorra de velludo negro, sin mas armas que el cincelado puño de una daga que asomaba en su cinto, se mantenía de pié junto al piloto, fijos los ojos en una blanca nube que como una vela asomaba en un punto del horizonte.

— Y crees tú en efecto, Arnao, — decia este hombre al piloto, — que no podremos evitar la tempestad?

— Tan cierta la tiene vuesa merced, señor caballero Juan de Exarch, como yo me llamo Arnao y soy hijo del puerto de Salou que tan buenos marinos ha dado al mundo.

— Pero hasta ahora no veo mas señal que esa nubecilla en un extremo del